

«Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu nombre es la victoria,
Tu voluntad ley es.
Tu tiempo es infinito,
Tus huellas indelebles:
Los montes son endeble
Debajo de tus pies.

«¿Tú anhelas un tesoro?
Mis lágrimas son perlas:
El Darro te trae oro:
Plata te da el Genil:
Cien minas en tu suelo
Posees: despierta á verlas,
Y haz de este valle un cielo
Para tu grey gentil.

«Encumbra este hemisferio
Con el poder de Oriente...
Yo en él haré á otra gente
Plantar su pabellón.
Yo te daré un imperio,
Mas tú para pagarme
Tendrás al fin que darme
Tu fe y tu corazón.

«Adiós ¡oh Nazarita!
Mi aparición recuerda
Cuando el pesar te muerda
Con aguijón de hiel:
No olvides en tu cuita
Que abrió sobre este suelo
La fuente del consuelo
El ángel Azäel.»

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EL ALCALDE RONQUILLO Y EL OBISPO ACUÑA

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña,
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Monstruo que con las victimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio són de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansión.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,
Más bien que calabozo sepultura,

Sufre de sus pesares la tortura
Con el pie de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un día,
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazón de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora,
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

«¿Por qué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo,
Por qué, señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendón de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿No es lícito la espada desnudar?»

Si entronizado el codicioso belga,
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Ríos de oro enviaba á su nación;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que, por él empobrecido,
Moribundo imploraba compasión;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonoró vil cortesano,

Decía el extranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza:
«No reinarás sobre mi suelo más?»

¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
La empresa que si no te fuera grata
Porque, soltando el báculo de plata,
Del profano bastón el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
También en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Sólo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin unión es fuerza perecer.

Pecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal.
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?
Una voz pavorosa le responde:
«Porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,

Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prisión el pie.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningún rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decisión espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de don Carlos os lo mando,»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en balde,
Tiembla el esbirro, párase el sayón.
«Obedeced» el bárbaro repite,
Los satélites claman ¡Sacrilegio!
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prisión.

«No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
¡Ronquillo! fué á exclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos

Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
Á ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando,
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oración.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar después.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus pies.

«Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.

Comuneros, sabéis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador.»
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

EN LA GUERRA DE ÁFRICA

Yo de rodillas pedí
El hábito en que me miras,
Previendo ya que tus iras
La peste probara en mí.
A buscarla vine aquí;
Riesgo mi vida corrió;
Pero en nada engrandeció
Eso mi sagrado ser:
Cumpliendo estaba un deber,
Y ese me le impuse yo.
El ministro del altar,
Con impulso igual al mío,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar.
Como él, el sabio en curar
Al campo marchó también:
Coronas condignas den
A su virtud y valor;
Mas hay corona mayor
Guardada para otra sien.
El capitán valeroso
Que alcanza insigne victoria,

Voluntario de la gloria
Siguió su estandarte hermoso.
Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande:
Aun hay corona más grande
Guardada en este hospital.
Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la Ciencia y la Fe,
Aquel joven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios.
No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba, pobre de bienes,
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
El repuso: «Aquí me tienes.»
Le hirieron hijos de Agar
Con rabia y feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y El le viene á coronar.
Óyele el nombre invocar
Del que es de justicia Sol...
¡Mira en divino arrebol
Su rostro inmortal bañado!...

El Poeta.

¿Quién es ese hombre?

La hermana de la Caridad.

¡Un soldado

Del ejército español!

ANTÓN BERRIO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II DE CASTILLA,
AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR
DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

Señor mucho amado mio:
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envío
Yo el coplero Antón Berrio,
Compadre de Joan Baena.

Del vueso coronamiento
Fízosenos relación,
E saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elisia region.

E segund pristina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuestra alabanza,
E tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
E un sculpidor palanciano,
Muy sutil imaginero.

El pastor Andrés Llorente,
Que es sujeto de la frasi,
Vivía entre pobre gente
En la Insula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é humildes muros,
Do plañir en sus apuros
A la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hía
De Doña Virgen Maria;
Non hi habiendo entallador,
Juró que el bulto faría
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engueño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
E con un cuchillo boto
Decentaba la madera.

Fué asín, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod'el vulgo insuleño
Contentóse d'el asaz.

E vedes, por aventura,
Que aporta en la Insula Escura
Bajel que aventó é lievol
Fasta alli tormenta dura,
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada
Un entallador venie
De maestria muy sonada,
E una imágen hi traie
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,
E la efigie, decernieron

Ser maravilla sin par,
Fuéras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.

El sacó formon é gubia
E lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
E todo su menester.

E trasteando con ello,
E dejando á todos vello,
Dijo el Maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asin.»

Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras, mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
E nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud,
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera pues ingratitud
Non le dar lo que merez.»

«Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
E digan los sabidores:
«Si este usó medios mejores,

Fizo también lo mejor.»
Tal ha judgado de tí,
Perinclito, buen *Quintana*,
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'afición mundana.

Hobo ántes del tu nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Voz que tartamudeaba
Con pequenuelo saber.

Fabla é dotrina mejor,
Aun en edad posterior,
Alzó más la poetria;
Fincaba empero vacia
La siella de más altor.

Tu fuiste á sazón venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corrieran tras tu cetro;
El s'es á tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningún
Virtud é sciencia é valor,
E tierno gemiste aun
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moisés,
Tú al español Abrahan,
Tú al campeón burgalés
Luz diste con que después
Fulgir eternas han;

Tú al que en Villalar cayera,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RÍEYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

10506

Suerte derrocando fiera
Su generoso pendón,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padrón.

Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.

Noblesecidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para tí se fiz.

Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza
Que al tu mérito convien,
E troven en tu membranza
Omnes, é damas también.

Vitores de alegre afán
Te envían de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzmán,
E con Lauria é Gutembergue
El privado de don Joan.

E tod'un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitania,
Glorifique ese laurel
Que te da en nombre d'España
La magnánima *Isabel*.

EN LA CORONA POÉTICA
DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano
Luchaba sin cesar, ella vencía.
Los umbrales de Licio piso un día:
Licio me tiende la benigna mano.

A la sagrada voz del vate anciano
El mal huyó de la morada mía,
Y sin ceño Melpómene y Talía
Me vieron en el Pindo castellano.

Licio no existe ya; corona santa
Cíñele Dios; la patria generosa
Hijo le llora, célebre le canta.

Y entre el aplauso y el dolor profundo,
Yo, Licio, grabo en tu modesta losa:
«Fuiste mi bienhechor; sépalo el mundo.»

DON JUAN FLORAN

(*Marqués de Tabuérniga*).

LA DESPEDIDA

Riberas amenas
Del fértil Segura,
Zagalas morenas
De garbo gentil,
Adiós! que mi dura
Fortuna me lleva
A ver tierra nueva
Do corre el Genil.

En vano al dejaros,
Mi llanto reprimo;
En vano al hablaros,
Quisiera llorar:
Y al cabo, si gimo,
Mi mal no se calma;
Ni muero, si el alma
Concentra el pesar.

¡Adiós, patria mía!
¡Adiós, cuna amada!

Mi bien, mi alegría,
Murieron en flor.
La bella Granada,
Si más bella fuera,
Tampoco pudiera
Templar mi dolor.
¡Oh, nunca sus prados,
Sus cármenes fríos
Tus valles llorados
Me harán olvidar:
Tus valles sombríos,
Tus altas moreras,
Tus aguas parleras,
Tu blando azahar.

Si alguna zagala,
Al verme tan niño,
Quisiere por gala
Prenderme en su amor,
Mi tierno cariño
Direle que habita
Do nunca marchita
La nieve el verdor.

¡Adiós, mis pastores,
¡Adiós, mis zagalas!
Sabrosos amores
De pecho infantil!
Del viento en las alas
Mi pena á deciros
Mis tiernos suspiros
Vendrán del Genil.

SONETO

Pura y undosa fuente, que serena
Retratas en tu fondo cristalino
La copa erguida del flexible pino
Cuando tu seno con su sombra llena;

Así corone cándida azucena
Tu solitaria margen de contino;
Así nunca rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena,

Que me digas, te ruego, si mejora
Ese cristal mi rostro, pues no fuera,
Á ser tú fiel, tan cruda mi pastora.

Esto dijo Mirtilo, y considera
Su imagen en el agua; empero llora,
Y el agua turba y su retrato altera.

DON BALTASAR LIROLA

SIERRA NEVADA

Por fin te ví, magnífico portento
Que la gloria de Dios al mundo cantas,
Llevando tu cabeza al Firmamento
Y al hondo Abismo las marmóreas plantas.
Pasmóse mi atrevido pensamiento
Al verme en tus picachos que levantas
Circundados de nubes y vapores,
Teñidos de fantásticos colores.

Por fin te ví de cerca, yo que un día,
Sierra Nevada, te admiré de lejos,
Cuando ansiaba mi ardiente fantasía
Tu nieve penetrar y tus reflejos;
El deseo de ver me consumía
Tu ceñidor de robles y de tejos
Y gozar en tus valles y en tu sima
Otra luz, otro ambiente y otro clima.

Por fin lo conseguí... ¡cuál palpitaba
Ya próximo á saciar este apetito,
La senda al escalar que serpeaba
Por laderas de jaspe y de granito!

De terror y de asombro me llenaba,
Mi mente se perdía en lo infinito
Contemplando el poder que hizo la Sierra
Cual gigante atalaya de la Tierra.
¡Oh! ¡como el pensamiento se engrandece
Marchando por la senda solitaria!
Aquí el espino ó la aulaga crece,
Allí la fuerte encina centenaria;
Mas allá el sáuce silvador florece
Junto á la desmedrada parietaria,
Que á las piedras asida multiplica
Y el arroyo al saltar moja ó salpica.
Á un lado el espantoso precipicio
La muerte en el abismo nos retrata,
Y con mujiente atronador bullicio
Á otro lado la inmensa catarata
Que arranca los peñascos de su quicio
Y al Sol esparce ráfagas de plata,
Y cayendo al barranco entre la bruma
En nieve se transforma y en espuma.
Altísimos castaños la rodean;
La oropéndola allí cuelga su nido,
Las parleras urracas picotean
El fruto en sus espinos guarecido;
Por encima las águilas otean,
Y los cuervos repiten su graznido,
Y bandadas de tórtolas azules
Arrullan en madroños y abedules.
La cabra montaraz pasa saltando
Los bosques, las malezas ó el torrente;
En un puntal la cierva rebramando
Al ciervo llama de ramosa frente;

El jabalí de su cubil saltando
En los troncos afila el blanco diente,
Y al aullido del lobo, allá á lo lejos,
Los gamos tiemblan y huyen los conejos.
Los mil insectos que en el aire zumban,
Los mil reptiles que alimenta el suelo,
Las mil cascadas que al saltar retumban,
Los mil colores que refleja el Cielo,
Los vientos que los árboles derrumban,
De las neblinas el ligero velo,
Forman esa magnífica belleza
Que recibió de Dios Naturaleza.
Mi alma también atónita y pasmada
Al contemplar tu fuerza creadora
Te saluda, Señor, desde la nada
Y reverente tu poder adora;
La gloria donde quiera te sea dada,
De donde muere el Sol hasta la aurora,
La alabanza, el honor á Ti tan solo
Desde un polo, Señor, al otro polo.
Mas ya se enrisca el áspero sendero
Y se corta tal vez... tal vez se pierde;
Nada ve el atrevido viajero
Que la escena pasada le recuerde;
Ni tórtolas, ni ve gamo ligero,
Ni árbol frondoso ve ni yerba verde,
Y donde quiera que su planta toca
Siempre pisa en la nieve ó en la roca.
Hondísimos barrancos y mesetas,
Torrentes y cascadas infinitas,
Algún arbusto seco entre las grietas,
Sulfúreas y metálicas piritas,

Jaspes pintados con ligeras vetas
De color y labores exquisitas,
Tajos elevadísimos cortados
Como plata ó cristal pulimentados.

De la Sierra tal es el triste aspecto
Al alejarse de su verde falda
Y al caminar con paso circunspecto
Sobre su resbalosa húmeda espalda.
Pero ¡qué humano artista ó arquitecto
Pudo jamás hacer una guirnalda
De nieve y luz, inmensa y esplendente
Cual la que adorna tu terrible frente?

Sublime es de aquel sitio en la aspereza
Sentarse en el silencio más profundo
Y apoyando en las manos la cabeza
Olvidar los pesares de este mundo,
Ante la fiera y colosal grandeza
De un paraje en horrores tan fecundo,
Que ocupa el pensamiento y la memoria,
Con los recuerdos de sangrienta historia.

Allí el ardiente natural deseo
De libertad y de mejor fortuna,
Dió á los moriscos funeral empleo;
Sin grandes medios ni esperanza alguna,
Quisieron levantar nuevo trofeo
A la siempre vencida media luna,
Y sin temer las armas del más fuerte
Gritar osaron: ¡Libertad ó muerte!

Gritos valientes y á la par terribles
En el alto Veleta resonaron.
Las cien lenguas aligeras, movibles
De la Fama, á Granada los llevaron;

Á estos ecos de guerra aborrecibles
Las torres de la Alhambra retemblaron,
Y esperaron alegres con fe ciega
Moros del Albaicín y de la Vega.

¡Menguada fe que desmintió el suceso
Y tanta sangre derramar debia!
¡Poder fatal el que con tanto exceso
Á los tristes moriscos oprimía,
De atroz esclavitud doblando el peso!
¡Y día miserable, aciago día
En que negando la cristiana ley
Quisieron nuevo Dios y nuevo rey!

Misero Aben-Humeya ¡qué ambicionas?
De reyes moros descendiente fiero,
¿Por qué en la rebelión buscas coronas
De mano del ladrón, del bandolero;
La nobleza acabó de que blasonas,
Pues faltaste á la fe de caballero
Y te acogiste á la Nevada Sierra
Cual malhechor para mover la guerra.

Allí acudió para empezar la liza,
Mal armada, sin orden y sin tino,
Gran multitud de gente allegadiza
Que del saqueo esperanzada vino;
La tierra destruyó, y en su ojeriza
Contra todo lo santo y lo divino,
Degolló niños y violó mujeres,
Incendió templos y abolió deberes.

Mas pronto del ejército cristiano
La fuerza presentóse, frente á frente;
En mil encuentros el furor insano
La sangre derramó como un torrente;

Aben-Humeya, inepto soberano,
Cayó al fin, despreciado de su gente,
Y acabó su existencia y sus afanes
Á manos de sus mismos capitanes.

Hay una cueva cenagosa, impura,
Bajo el Muley-Hassen siempre nevado,
Donde dicen que está la sepultura
Del rey de la Alpujarra desdichado.
En altas horas de la noche oscura
Se aparece tal vez de acero armado
Negros la espesa barba y el cabello,
Y el vil dogal en derredor del cuello.

Así lo dicen tímidos pastores
Que al rayo de la luna lo observaron,
Y lo afirman valientes cazadores
Que su gemido fúnebre escucharon;
Y aún hay quien cuenta, exagerando horrores,
Que al pasar, sus vestidos le rozaron,
Y espeluznado se mantuvo quedo
Casi mortal por el asombro y miedo.

Estos cuentos tal vez son ilusiones
De la atemorizada fantasía,
Ó tal vez son antiguas tradiciones
Que del tiempo alteró la lejanía;
¿Y quién sabe? ¿Se dan fuertes razones,
Las ha dado algún sabio hasta este día
Para probar como evidente ó cierto
Que no puede volver al mundo un muerto?

Y no se ve doquiera más que nieve
Que cubre los caminos y senderos:
El pie vacila y con temor se mueve
Al borde de profundos ventisqueros;

Ya hasta la cima la distancia es breve,
Y aunque no pueden ir los pies ligeros,
Pronto se toca al fin la ansiada meta
Al llegar á la cumbre del Veleta.

Salud, pico sublime... que anhelante
Tanto ansió por gozar el alma mía,
Que brillas engastado cual diamante
En la joya mejor de Andalucía,
Y tu nieve en raudal refrigerante
La lleva la abundancia y la alegría.
Salud una vez más y otras y ciento
Gloria de España, espléndido portento.

¡Ah! Dejadme deseos y cuidados,
Dejadme que tranquilo aquí respire
Estos aires purísimos, delgados,
Y que de Dios la omnipotencia admire;
Dejadme que estos picos elevados,
Una vez y cien mil, pasmado mire,
Dejadme que disfrute de la vida
Con que el ambiente plácido convida.

¡Como se eleva el alma y todo el hombre,
Ante tan esplendente panorama,
Tantas bellezas viendo, aunque sin nombre
Del sol de Julio á la encendida llama!
Y porque más se admire y más se asombre,
Bajo sus pies el trueno que rebrama
Y una masa de nieve blanca y pura
De mil varas, lo menos, en altura.

Al pie de esta pirámide de hielo,
Que vió del mundo los primeros años,
La Alpujarra se extiende de agrio suelo
Y sus pueblos cercados de castaños,

Cuelgan entre el abismo y entre el Cielo
Sin temor de peligros ni de daños,
Siendo los moradores de la Sierra
Dulces en paz, terribles en la guerra.

Allí nacen las fuentes á millares,
Allí saltan cien ríos cristalinos,
Allí hay lagos, azules como mares,
Circundados de robles y de pinos;
Allí está la laguna de Vah-Kares
Donde se juntan brujas y adivinos,
De la que cuentan fúnebres consejas
Susto de los muchachos y las viejas.

Dirigiendo á lo lejos la mirada
Otro cuadro preséntase más bello,
La existencia del mar ilimitada
Del divino poder limpio destello;
La mente á lo infinito transportada
De la mano de Dios conoce el sello,
Viendo ante sí, de pronto y en un punto
De tantas maravillas el conjunto.

El Atlántico mar al Occidente,
El mar Mediterráneo al Mediodía,
Y en la morisca tierra que está enfrente
Las crestas de la inculta Berbería;
Al Norte una llanura reluciente
Con blancos pueblos, flores y armonía,
Y cual reina de Oriente recostada
Á su derecha la sin par Granada.

Granada, la sultana de las flores,
Con su manto de rosas carmesíes,
Donde juegan riendo los amores
Entre nardos, claveles y alhelíes,

Donde aún suenan las fiestas y clamores
De los Abencerrajes y Zegries,
Cuando danzando en bulliciosa zambra
Placeres respiraban en la Alhambra.

Cuando galantes ó amorosos fines
Ostentaban en justas y torneos,
Ó del Generalife en los jardines
Encontraban el premio á sus deseos;
El perfume de rosas y jazmines
Allí excitan amantes devaneos,
Y aún guardan los cipreses la memoria
De una Sultana y su amorosa historia.

Debajo corre el Dauro envanecido
Con el oro que llevan sus arenas,
Murmurando con plácido ruido
Ya suspiros de amor ó ya de penas;
En sus linfas con vago colorido
De la Alhambra se pintan las almenas,
Y él corriendo entre cármenes y verde
Llega al fin al Genil donde se pierde.

Porque todo se pierde y se consume
En el mundo falaz, perecedero.
Vuela la gloria como leve pluma
En las alas del tiempo pasajero;
Se acaba la belleza cual la espuma
De un niño al soplo tímido y ligero;
Polvo es en fin, y nada la existencia,
El poder, las riquezas y la ciencia.

Mas tu, Sierra Nevada, desafías
Este poder del tiempo y lo resistes;
Pues al nacer el mundo tú nacías,
Y tras de tantos siglos aún existes;

¡Cuántas mudanzas en tan largos días!
¡Cuántas ruinas y sucesos tristes
Habrás visto pasar como aquilones
Por los hombres, los pueblos y naciones!

Á pesar de esa vida sin segunda
También tu acabarás, Sierra Nevada,
En el día que todo se confunda
Y vuelva el mundo á su primera nada;
En que el fuego voraz consume y funda
Cuanta materia fué por Dios creada,
Igualmente lo antiguo y lo moderno
Porque tan solo Dios es El Eterno.

Pero el Sol revolviéndose en la esfera
Se inclina ya á bajar á otro hemisferio.
De Guarnón el barranco nos espera
Para darnos abrigo y refrigerio,
Y es fuerza abandonar tu cima fiera,
Sierra más bella que el mejor imperio,
Y guarecernos en la noche fría
De las heladas que tu seno cria.

Adiós... Adiós, magnífico Veleta
De nieves y vapores circuido,
Como está el solitario anacoreta
De su sayo parduzco revestido;
Que tus glorias entone otro poeta,
Yo de tanto admirar estoy rendido,
Y á la impresión sublime me abandono
De haber llegado á tu imponente trono.

Nieves, adiós... y tempestad y truenos.
No me veréis ya más, que la corriente
De mi vida, volando huye sin frenos,
Y ya su fin el corazón presente.

¿Y es tan triste morir?... Yo por lo menos
Podré morir en paz tranquilamente
Sin que la vida compasión implore...
¡Ay! no tengo en el mundo quien me llore...